

Alemania, nuevas turbulencias

Jochen Thies

Pese a todos los pronósticos procedentes sobre todo del extranjero, Alemania está turbulenta. Por el momento no está en condiciones de desarrollar el papel que se supone ha de representar tras la reunificación, ni a escala interna ni en el sistema internacional. Esta situación cambiará seguramente en los próximos años. No obstante, y dado que el país se encuentra lejos todavía de recobrar la confianza en sí mismo, en este momento no podemos todavía –en interés de sus vecinos y de la cuestión europea– esperar de ella ni siquiera una suficiente “presencia”.

La situación interna refleja sobre todo las dificultades que atraviesa el Gobierno del canciller Helmut Kohl en el décimo año de su mandato. Ha entrado en barrena a pesar de contar con el apoyo de una supuesta mayoría segura en el Parlamento. Sin embargo, al contrario que en las décadas de los sesenta y los setenta, en estos momentos no hay al acecho ningún partido de la oposición capaz de asumir el poder. Incluso la situación del SPD es mala. No ha sido cuestionado únicamente por cuestiones claves en política exterior y de defensa, sino también por lo relativo a su dirección. En el fondo, el partido todavía no ha digerido la pérdida de poder en 1982 y la dimisión de su político más popular, Helmut Schmidt.

Lo que sin embargo debe preocupar en el mismo grado a todos los partidos es el descontento del electorado y su actitud cada vez más crítica hacia la actitud de los partidos. Este desencanto queda de manifiesto en el aumento de la abstención durante las elecciones y en la concesión de votos a los partidos radicales. La continuación de esta tendencia, que ya se hizo patente en las elecciones locales y regionales, traería un cambio radical en el mapa político alemán. De persistir esta animosidad en las elecciones al *Bundestag* en 1995, ni el CDU-CSU, ni el SPD lograrán alcanzar un 40 por cien de los votos. De este modo, el FDP jugaría también un papel importante en la consecución de la mayoría, de

Jochen Thies es director de la revista alemana *Europa-Archiv*.

tal manera que la única escapatoria consistiría en una gran coalición de demócrata-cristianos y social-demócratas. Dado que los sondeos de opinión ya reflejan esta constelación, no es de extrañar que en Bonn ya se hable de ello. Todo el mundo sabe además que Helmut Kohl no estaría dispuesto a presidir una coalición de esas características.

Aquí se encuentran probablemente las causas para la repentina dimisión del ministro de Asuntos Exteriores, Hans-Dietrich Genscher, que abandonó el cargo tras ostentarlo durante dieciocho años. Si a esto le sumamos además los años que ocupó la cartera de Interior, descubriremos que durante casi un cuarto de siglo fue una figura clave en la política interior alemana. Genscher, cuyo prestigio internacional sufrió mucho a causa de la postura alemana durante la guerra del golfo Pérsico y de la política seguida en el tema yugoslavo, eligió, sin duda alguna y desde un punto de vista alemán, un momento idóneo para dimitir. Genscher es en su propio país el político más popular, mucho más que el Canciller. Evidentemente, en esta decisión jugó también un papel importante la necesidad de asegurar el puesto de Asuntos Exteriores del propio partido una vez vista la situación política en el interior del país. Pronto averiguaremos si esta táctica tiene éxito. Sobre el sucesor, Klaus Kinkel, recae pues una enorme responsabilidad. Kinkel, un estrecho colaborador de Genscher en el pasado, tiene por delante dos tareas que ya no son tan sencillas de conjuntar como en la época de Genscher. Por un lado, el nuevo ministro de Asuntos Exteriores tiene que concebir una política acorde con el nuevo peso de Alemania en la escena internacional. Por otra parte, tiene que “vender” esta política en Alemania donde no está en absoluto bien vista. No es tarea fácil para el ex ministro de Justicia que tan sólo el pasado año entró a formar parte de los liberales y por consiguiente, no cuenta, al contrario que Genscher, con una base de poder que le apoye en el FDP. Las relaciones con el nuevo ministro de Defensa, Volker Rühe, serán muy importantes para la supervivencia de Kinkel. Rühe probablemente posea en estos instantes las mejores perspectivas de convertirse algún día en el sucesor de Helmut Kohl. Para ambos constituiría una ventaja que logran coordinar sus políticas mejor de lo que lo hicieron sus respectivos predecesores, Genscher y Stolpenberg, y que al mismo tiempo le imprimiesen un carácter propio. Esta tendencia ya se puede apreciar. Rühe se inclina en algunos temas importantes en favor del FDP, pero en ocasiones también en favor del SPD. Kinkel, por su parte, muestra mayor flexibilidad que su antecesor en la cuestión de si las tropas alemanas deberían poder actuar en las operaciones de la ONU.

No obstante, todavía transcurrirá cierto tiempo antes de que Alemania tome conciencia de estas cuestiones. En Alemania aún está presente la

traumática experiencia de las dos guerras mundiales, pero aun así peca de un cierto conformismo en relación con la idea del *statu quo*. Kohl ha conocido en los últimos tiempos, en las elecciones, las consecuencias de la actitud de la *leisure society* alemana. Hay que aclarar que el SPD no está capacitado para sacar provecho de esta situación. Lamentablemente, la euforia que reinaba en Alemania tras la caída del muro no ha durado mucho. La sociedad de Alemania occidental es una sociedad muy hedonista, para la cual, unas terceras vacaciones al año significan más que la solidaridad con los alemanes del Este. También es cierto que un segmento de la sociedad de Alemania occidental, una quinta parte más o menos, no tiene prácticamente nada que ofrecer. Aquí puede tener su origen la fuerza con que se ha desencadenado la lucha de los trabajadores de los Servicios Públicos, la huelga más larga y enconada en Alemania desde 1922. Podríamos tener una idea de lo que le espera al país en cuanto a conflictos si el Gobierno se decidiese de una vez a mostrar la situación tal y como es. Parte de la cruda realidad es que el crecimiento del producto interior bruto en los próximos años tendrá que emplearse exclusivamente en la reconstrucción de Alemania oriental y en equilibrar los salarios y sueldos de los alemanes del Este con los del Oeste. Actualmente estos salarios representan un 60 por cien de los del Oeste. Además, los alemanes occidentales tendrán que aportar durante los años noventa entre cien y doscientos millones de marcos al año como fondos de ayuda. Para realizar este esfuerzo serán inevitables un recorte en la inversión pública y un aumento de los impuestos.

La coalición actual no ha encontrado hasta el momento la forma de transmitir este mensaje a la opinión pública occidental, que todavía piensa que, tras la reunificación, nada ha cambiado y nada debería cambiar. Por ello es muy posible que, al igual que sucediera en la década de los sesenta, se haga necesaria una gran coalición entre el CDU-CSU y el SPD que sea capaz de superar la crítica situación en las relaciones internas de Alemania. Afortunadamente, en Alemania oriental no se ha detectado todavía una radicalización del electorado. No obstante, es de temer que se produzca esta radicalización si el impulso económico no llega pronto. Sin embargo, la gran coalición en Bonn se ve amenazada por aquellas reminiscencias de los años sesenta, representadas por la oposición extraparlamentaria y por el terrorismo de la Fracción del Ejército Rojo (RAF). Esto explica las dudas mostradas por algunos políticos de Bonn con relación a esta coalición.

Esta alianza puede hacerse inevitable si la actual coalición en Bonn no toma rápidamente una decisión sobre la cuestión de la inmigración. Desde el punto de vista del ciudadano alemán, éste es actualmente el

problema más urgente. La República Federal de Alemania absorbe, como consecuencia de su legislación liberal, una tercera parte de los solicitantes de asilo de la CE. Como consecuencia del movimiento interno de población y del regreso de la población de origen alemán de Europa central y del Este y de la antigua Unión Soviética, Alemania experimenta desde hace tres años una inmigración de tres millones de personas al año. Hoy en día ya se pueden apreciar unas enormes carencias en el mercado de viviendas, sobre todo en los núcleos urbanos. A esto hay que añadir otros problemas como son la creación de empleo, la integración en la sociedad o la creciente inseguridad ciudadana. La sociedad alemana occidental ya no está dispuesta a hacer diferencias entre los distintos orígenes de inmigración. Así surge el peligro de que el alemán del Volga que regrese a la patria sea considerado de igual forma que el que huye de la pobreza en Sri Lanka. La República Federal tiene el deber de cambiar su política de asilo de tal manera que en el futuro sea posible denegar solicitudes, así como crear una lista de prioridades que favorezca la inmigración de Europa del Este frente a la de otras partes del mundo. Posiblemente esto termine con el establecimiento de cuotas para contener la avalancha. No hay duda de que la cuestión del asilo supone para Europa occidental un gran problema, para Alemania tanto como para Francia y España, que se enfrentan a la inmigración procedente del sur del Mediterráneo. Sólo Gran Bretaña parece poder controlar esta fuerza por sí misma debido a su condición de isla. Tendrá una importancia decisiva el que la CE se ponga de acuerdo sobre una política de asilo común y que los Estados que no se enfrenten a este problema directamente colaboren en su solución. Las consecuencias a largo plazo de la guerra civil yugoslava, la liberación de un marea de hombres que huyen de la guerra y que puede alcanzar el millón va a constituir un reto decisivo para la solidaridad europea.

II

A pesar de estas turbulencias en la política interior alemana, nada ha cambiado en la esfera política europea. Kohl cuenta para ello con el apoyo incondicional del SPD y del Gobierno, conscientes ambos de los problemas cada vez mayores en este campo. Por ello no se deben sobrevalorar las críticas de la prensa suprarregional alemana en relación con los acuerdos de Maastricht. Por otro lado, cualquier miembro de la clase política alemana tiene claro que no existe ninguna alternativa a la construcción europea, a la profundización de la unión política, económica

y de defensa. También es cierto que el Gobierno de Kohl ya no puede estar tan seguro de lograr estos objetivos como lo estaba hace un año. Tendrá que luchar duramente para conseguirlo, más aún si los partidos radicales de derechas logran presentar negativamente el tema de "Europa" como han hecho con la cuestión del asilo o si logran obtener un beneficio político de ello. Entonces constituirían una amenaza; en el conjunto de Alemania se puede observar una pérdida de interés por los asuntos europeos. Como consecuencia de la tarea interna que tiene que realizar, la población mira cada vez más en dirección a sí misma. Por ello es tremendamente importante que, junto a las perspectivas del Mercado Único, también nos muevan unos ideales relacionados con el concepto de "Europa". Actualmente carecemos de estos principios, de ahí que Europa parezca a los alemanes una entidad anónima, burocrática, además de muy cara, y que los afectos por ella vayan disminuyendo.

A pesar de todo, el Gobierno de Kohl se mantiene en una vía europea y actualmente realiza grandes esfuerzos para fortalecer el débil eje con París. Como consecuencia del nuevo mapa europeo se plantea la cuestión sobre el futuro de las particulares relaciones franco-alemanas. Parece que Gran Bretaña y España, como actores importantes, deben contar más que hasta ahora en las futuras decisiones del continente. Dado que Francia tiende a tomar posturas propias en cuestiones de política de defensa y que Alemania tiende a retraerse, parece que el dilema de la política alemana continuará girando en torno a las garantías norteamericanas y las ilusiones francesas. En caso de duda, Alemania siempre optará por sus estrechos vínculos con los norteamericanos. Kohl, como fiel discípulo de Adenauer, es probablemente el último político alemán que apueste de esta manera por la baza franco-alemana. No obstante, a su favor habla el hecho de que la joven generación política de Alemania vaya a apostar por una baza atlántica y europea, que en dirección Norte y Oeste abarca más que la opción francesa. Volker Rühe, el nuevo ministro de Defensa, es un representante típico de esta corriente.

El curso de la política de la CE dependerá mucho de la presidencia británica en el segundo semestre de 1992. Esta política debería tratar sobre el ingreso a corto plazo en la Comunidad de los países de la EFTA. Por diferentes motivos, esto redundaría tanto en beneficio de los alemanes como de los británicos. El liderazgo británico en política de defensa es igualmente importante para Europa, ya que en tiempos de crisis, como los que ahora imperan en Europa, no reacciona con pánico. No debemos olvidar nunca que fue el Gobierno británico, no sólo en 1939 sino también en el año clave de 1940-41, el que ofreció una resistencia

más firme a la Alemania de Hitler y contribuyó con ello de manera decisiva a la evolución de la Segunda Guerra mundial.

La forma de proceder de Gran Bretaña va a cobrar gran importancia debido a que Francia ha perdido su papel de mediador político tras la caída del muro de Berlín y que esta situación permanecerá así probablemente hasta el final del segundo mandato del presidente François Mitterrand. Precisamente ahora es de vital importancia transmitir a Alemania la sensación de que no se encuentra sola ante su triple tarea para con el Este. Los problemas internos de Alemania son asuntos exclusivos de los alemanes. Las inversiones en el extranjero son importantes. Son casi más importantes para los países de Europa central y del Este –Polonia, Checoslovaquia y Hungría–. Pero también se trata de proteger a la antigua Unión Soviética de un desastre, aunque esto no estaría en manos de Occidente si se agravaran los problemas políticos y económicos. No obstante, los Estados miembros de la CE deberían concentrar sus esfuerzos al lado del de los alemanes y al menos transmitir a la antigua Unión Soviética, sobre todo a los Estados más occidentales, la sensación de que la puerta hacia el Oeste se encuentra abierta, que no hay barreras para un país como Ucrania o la Rusia Blanca que desee orientarse en esta dirección.

La política británica, que tras la caída del muro de Berlín, todavía dirigida por la primera ministra, Margaret Thatcher, parecía inclinarse hacia una política de equilibrio de poder, ha reconocido recientemente el riesgo que corre Alemania, y en definitiva toda la CE, si se abandona a Bonn a su propia suerte en el Este. Sería una trágica equivocación política por parte de los alemanes suponer que próximamente tendrá lugar una reorientación hacia el Este. Quien suponga esto, está ignorando intencionadamente los flujos comerciales alemanes y el hecho de que la Alemania exportadora tiene su fuente de ingresos en Occidente. Está ignorando también las cada vez más estrechas relaciones del país, a lo largo de más de cuatro décadas, con Occidente. Por lo tanto, en estos momentos depende más de los países vecinos del Oeste, sobre todo de Francia y Gran Bretaña, el que Alemania sea arrastrada contra su voluntad hasta una posición intermedia, que algún día pudiera desembocar en una desestabilización política. La ayuda de la CE a Europa del Este es en estos momentos el mejor método estabilizador para los asuntos propios, es decir, para la afianzación de la Comunidad Europea.

Sin embargo, no se puede ocultar que la operación entraña un gran riesgo. El camino a seguir fijado en Maastricht para lo que queda de década no contempla ningún plan alternativo en el caso de que se agrave la situación en Europa central y del Este. Surgirán fragmentaciones y

radicalizaciones en las relaciones políticas si las jóvenes democracias no se espabilan rápidamente en el aspecto económico. Como aviso se puede observar que esto ya está sucediendo en Polonia y Checoslovaquia. La guía a seguir para Europa occidental debe ser, en caso necesario, el reconocimiento de dichos Estados como miembros de pleno derecho, su inmediata aceptación en el plano político y económico y el establecimiento de moratorias de pago de hasta quince y veinte años.

Todo lo demás no es realista. ¿Cómo van a poder declararse Polonia o Hungría en condiciones de alcanzar de la noche a la mañana la experiencia comunitaria, cuando incluso un miembro fundador de los Seis como Italia tiene dificultades para hacerlo?

Por ello, Maastricht puede muy bien representar el fin de una evolución que desde los años cincuenta ha dirigido paso a paso el crecimiento conjunto de los países de Europa occidental bajo unas condiciones completamente distintas a las existentes en este momento. Una tarea que ahora debe continuar bajo nuevos presupuestos tras la reunificación alemana y la desintegración de la Unión Soviética.

Respecto a la política alemana, se puede afirmar con cierta seguridad que está preparada para llevar adelante una política de integración. Esta tendencia decaerá cuando la clase política y la opinión pública descubran que hay países vecinos en Europa occidental que llevan a cabo una doble estrategia. Por un lado, siguen una política de integración para contener a Alemania y, por otro lado, interpretan un papel adicional fuera de la CE como potencias independientes. Tratan pues de controlar a Alemania. Un planteamiento de este tipo acabará perjudicando a todos, aunque en principio, el argumento sí tiene algo a su favor. Debido a su potencial económico y a la disposición y laboriosidad de sus casi ochenta millones de habitantes, Alemania podría comportarse tras su unificación como una potencia casi hegemónica en Europa. Estos planteamientos se hallan, sin embargo, lejos de la realidad del país, el cual, desde la dimisión de Bismarck y hasta el fin de toda aspiración de poder en 1945, no acaba de verse interpretando este papel. Después de algunas observaciones durante los dos últimos años, podemos añadir que incluso la futura Alemania se vería desbordada por una tarea semejante. Como un niño quemado por la historia de este siglo, Alemania reconoce instintivamente el camino correcto que conduce a Europa. A pesar de todo, el tiempo necesario para ello y la actitud de los demás países siguen siendo un interrogante.

III

En ocasiones, también en Alemania se malinterpreta el sentido de la solidaridad en el terreno político, el cual no consiste sólo en cervezas, salchichas alemanas o exenciones para el transporte pesado. El ejemplo más reciente de un modo de ver “no europeo” es el abandono unilateral del proyecto del avión de caza de los años noventa. Últimamente, este tipo de abandonos ha sido frecuente entre los socios alemanes. Es evidente que comportamientos semejantes no conducen precisamente a crear un clima de confianza, menos aún cuando en un día no muy lejano, los países de la CE deberán sentarse en Bruselas a debatir cuestiones vitales con la vaga esperanza de que algún día “Europa” sustituya a los Gobiernos nacionales. Todo esto puede transformarse todavía en una situación peligrosa; no sólo en lo que respecta a la política de inmigración, sino también en las cuestiones de defensa y de avance tecnológico en general. Alemania está peculiarmente sensibilizada, incluso asustada, en todo lo relacionado con la alta tecnología. Alemania es por un lado el país con mayor número de viajeros en Europa y, no obstante, muchos de estos viajeros tratan de impedir la construcción o remodelación de los aeropuertos. Alemania es el país de los coches veloces y de las regulaciones de velocidad más liberales y, sin embargo, es prácticamente imposible construir una autopista nueva o ampliar un tramo de dos a tres carriles. Por este motivo, hay razones para preguntarse cómo responderá la población alemana cuando en futuras cuestiones se impongan otros puntos de vista en la CE, ya sea por una mentalidad, creencias, o experiencias históricas diferentes o simplemente por encontrarse en otra zona geográfica. Aquí tendrá una gran relevancia la valoración que se haga de la energía nuclear, de cuyo uso civil muchos alemanes desearían librarse cuanto antes. Todo esto desemboca en la cuestión de la contaminación medioambiental y de la preservación de los principios naturales de la vida, donde una gran parte de la sociedad alemana ha centrado sus esfuerzos, lo cual la diferencia del compromiso que, naturalmente, también existe en otros países.

Un hecho todavía más importante es que Alemania se está convirtiendo en país normal a la hora de valorar los riesgos del mundo y no se limita como en años pasados a tirar del talonario y a ir a la ofensiva diplomático-política. El completo fracaso de la política yugoslava de la Comunidad Europea demuestra que el Gobierno de Kohl-Genscher no supo reconocer la verdadera dimensión del problema y que cedió ante una ligera presión política interna. Incluso si no se hubiese llegado a la guerra civil en Bosnia-Herzegovina, se plantea una cuestión previa a toda

ofensiva diplomática: ¿tiene alguno de los mini-Estados de la antigua Federación Yugoslava capacidad para sobrevivir? La política alemana ha abandonado así una finalidad que había demostrado ser ficticia. De nuevo la CE ha seguido los pasos de Alemania. Queda probado que Europa se ve completamente desbordada incluso ante problemas que le afectan muy de cerca y que necesita del apoyo político y militar de EE.UU. Muy pronto se harán inevitables las medidas de fuerza en Yugoslavia.

La política alemana ha sido imprudente por otro motivo más. Se ha tomado una serie de decisiones políticas cuando se sabía que eran otros los responsables de las actuales operaciones de la ONU. Nada simboliza mejor el fracaso europeo en Yugoslavia como el hecho de que sea un general indio el que esté al mando de las operaciones en los Balcanes. Los europeos no estaban literalmente capacitados para realizar esta labor. Al igual que en la guerra del golfo Pérsico, Alemania ha brillado por su ausencia en los momentos claves con su negativa a compartir el único y verdadero riesgo que conoce la comunidad de Estados, es decir, el enviar soldados al extranjero y afrontar el consiguiente riesgo en la política interna. Hay que plantear esta cuestión al electorado antes de las elecciones: la cuestión europea necesita del sacrificio de los soldados y los ciudadanos que, si es preciso, deberán entregar su vida. El Gobierno alemán todavía no está preparado para dar este paso.

No debemos dejar de mencionar los desplazamientos que han tenido lugar hacia aquellas posiciones tácticas que HansDietrich Genscher supo organizar tan magistralmente. El canciller y el ministro de Asuntos Exteriores dieron una serie de pasos orientativos, tras ser sorprendidos por las críticas hacia su falta de predisposición al comienzo de la guerra del Golfo y su falta de solidaridad con aquéllos que la habían mostrado a lo largo de las décadas de la guerra fría. Se enviaron dragaminas de la Marina al golfo Pérsico cuando todavía existía una situación bélica. Soldados del Ejército federal montaron tiendas de campaña en Irán para los kurdos desplazados después de que unidades de la *Luft-waffe* fuesen desplegadas en el sur de Turquía. Helicópteros y personal sin rango militar prestaron apoyo en las tareas de vigilancia de la ONU en Irak. Otros contingentes compuestos por personal sanitario fueron trasladados a Camboya. Miembros de la policía de Aduanas ya fueron enviados a finales de la década de los ochenta a la antigua colonia alemana, Namibia, para vigilar su proceso de independencia de Suráfrica y la propia creación del país.

Todos estos acontecimientos son sin duda algunos valientes pasos adelante con la mirada puesta en la mayor responsabilidad internacional que le aguarda a Alemania. Sin embargo, si fijamos la vista en Yugoslavia y en

las exigencias que pueden surgir de otras partes de Europa del Este, tendremos la sensación de que el proceso de adaptación está siguiendo un ritmo demasiado lento, y de que, sobre todo en la política interior alemana, el consenso sobre la necesidad de mantener unas Fuerzas Armadas está muy poco desarrollado. En este aspecto, el SPD arrastra una gran responsabilidad sin la cual en estas cuestiones no hay nada que hacer. Después de la dimisión de Helmut Schmidt y de otros ministros de Defensa menos importantes, se tiene la sensación de que el partido ha regresado a sus antiguas directrices pacifistas. El comportamiento oportunista del FDP en estos asuntos, a pesar de ostentar el poder, resulta un verdadero obstáculo para el debate alemán. Su afiliación al populismo proviene de la necesidad que tiene de atraerse al electorado indeciso para superar el listón parlamentario del cinco por cien. Aquí puede surgir otro de los peligros para la política exterior y de defensa alemana cuando un ministerio como el de Asuntos Exteriores caiga en manos de un partido tan pequeño.

Las dificultades ya descritas y las turbulencias políticas, internas y externas, que amenazan Alemania o en que ya se encuentra el país, no pueden ser excusa para una excesiva dramatización de las cosas. Sí, en cambio, deben conducir a la toma de decisiones adecuadas, sobre todo en el propio país. Si se critica al Gobierno de Kohl por su falta de valor para explicar con detalle al electorado las consecuencias de la reunificación, también habría que criticar con la misma fuerza la negativa de las élites alemanas a aceptar el desafío que representa la reunificación alemana.

Kohl no cuenta con el apoyo de los intelectuales que Willy Brandt poseía a finales de los años sesenta y principios de los setenta. Los escritores alemanes que hasta hace poco se movían por el terreno político, salvo excepciones como Martin Walser y Reiner Kunze, se podría decir que prácticamente todos se han retirado. También pertenece a la realidad histórica que muchos miembros de la *intelligentsia* alemana, en su interior, rechazan la unificación. En cierto modo, Kohl está librando una batalla en solitario. Algunos de los errores que se le imputan se pueden achacar a una valoración realista de su propio pueblo; un juicio que, por otro lado, compartía con él Adenauer. El ejemplo paradójico lo constituye la decisión del Parlamento el pasado verano de atrasar ocho años el traslado de la sede del Gobierno a Berlín. Esta decisión fue de hecho exigida por la burocracia ministerial en Bonn. Tampoco el Senado berlinés contribuye mucho a limar los resentimientos contra Berlín, contra el Este y todo lo que está unido al recuerdo de la desaparecida Prusia. En cierto modo, Alemania ya está amenazada por la decisiva cuestión de dar forma

al propio país. Sin un espíritu creador en el interior no se puede ser un maestro constructor en Europa.

Sólo cuando las élites funcionales de todo el país, los banqueros de Francfort, los técnicos de medios de Munich y Hamburgo, se pongan de acuerdo con los políticos y funcionarios ministeriales en Bonn, sólo entonces se darán las condiciones idóneas para que Alemania, en interés propio y en interés de la cuestión europea, pueda afrontar con éxito estos retos. Tenemos que ser conscientes de que ésta será una tarea de dos generaciones y de que no será un paseo que finalice con las próximas elecciones al *Bundestag*.